*“La teoría del Todo”.* Dir.: James Marsh. U.K. 2014 Con: Eddie Redmayne, Felicity Jones, Emily Watson.

**Agujero negro**

La historia de la vida del eminente hombre de ciencia británico Stephen Hawking, novelada por su mujer Jane Wilde—con quien se amaron, tuvieron tres hijos, ella lo acompañó en tiempos muy arriscados de su enfermedad, y su unión terminó en divorcio— sirvió de base al guión de esta película, una suerte de relato más o menos documentado, más o menos ficcionado, pero hecho con suma corrección y con destellos de muy buen cine, acordes al drama de esta vida, que tiene mucho de calvario, de lírica bizarra, de saga épica. Un film inquieto e inquietante, inevitablemente fuerte en lo afectivo, dado la enfermedad neurológica, esclerosis lateral amiotrófica, la temible ELA, que asaltó a Hawking en su juventud, cuando empezaba precisamente a despuntar su talento para la astrofísica. La evolución mórbida sella un padecimiento constante. En este sentido el film no es acomodaticio, no da respiro, no ahorra nada al espectador. No más de dos años le dijeron los médicos de pronóstico, pero la ciencia yerra y el film anuncia sobre el final que Hawking cuenta en la actualidad con setenta y dos años, se desempeña sacrificada, laboriosamente bien, en silla de ruedas, y su impotencia motora no le impide continuar escribiendo y haciéndose comprender gracias a una voz electrónica. Su *“Breve historia del tiempo”* se convierte en un bestseller científico y aunque Stephen no pueda proferir palabra, ello no impide que pueda dar conferencias. Esta pequeña gran historia atrapa porque se arriesga en la encrucijada donde no es arbitrario concebir que confluyan, para la comprensión de un destino, ciencia, teología, metafísica, religión sin dejar fuera la narrativa (no olvidar los lazos de Jane con la poesía). La cinta arranca con la teoría del Big-Bang, sigue con la relación espacio-tiempo, la teoría de la relatividad, la muerte de las estrellas, los agujeros negros, la muerte de Dios (solo anotada brevemente), los intentos desesperados, cuasi descabellados de Hawking, en pos de encontrar los inicios del tiempo. Su maestro Penrose lo llevó a hacerle conocer el proceso que va de las estrellas heridas de muerte a la consiguiente pérdida de masa, de luz, de radiación, hasta quedar reducidas a siniestros agujeros negros. El existir terrícola de Hawking no difiere mucho de esa descripción apocalíptica (y estremecedora y hermosa) de una estrella en vías de extinción, ilustración metafórica de lo que ha devenido la vida de Hawking. Un astro humano fascinante aunque en exhausta agonía, una ruina corporal, no obstante sostener aún un fulgor espiritual inextinguible. Son atrapantes diversos momentos del film, así cuando Stephen y Jane culminan su faz de noviazgo, en una fiesta, en una noche, sobre un puente, teniendo como fondo un solo de clarinete; o la fantasía que asalta a Stephen cuando en una conferencia *cree* poder alcanzar una lapicera que se le ha caído a una asistente del auditorio. Eddie Redmayne, que había debutado muy bien en “Mis días con Marilyn”, cumple un “capolavoro” esforzadísimo y logrado, poniendo su máscara de rebeldes, esforzados rasgos, que no obedecen más a su voluntad, junto a una actitud corporal acorde al espíritu invasor de la enfermedad. El actor da muy bien el impedido sostén del cuello del personaje, o su marcha que lleva sus miembros a la rastra, o el instante límite en que el temblor de sus manos en una mesa familiar, alcanza un borde insoportable que se patentiza con la huida de la reunión. Un cerebro brillante en un soporte corporal comparable a un mueble viejo. Felicity Jones está muy bien en el lugar de Jane, la joven estudiante en letras medievales, que carga con este gran hombre todo lo que puede hasta que confiesa, en un alto del camino, que ya no puede seguir más. Hay otros instantes que aprietan también a fondo el pedal de la emoción: el síncope que da por tierra con Hawking, revelando los comienzos y naturaleza de su mal. El ELA es mostrado con sus aristas más patéticas, lo que empuja el lente de la cámara, y con ella el ojo del espectador a quedar “enganchados” del propio ojo de Stephen, o de las ondas de una superficie en una taza de café, o la toma desde el hueco de una escalera de caracol. Ese hechizo colectivo ayuda a la imaginación del espectador a intuir lo que ocurre. Desde el universo galáxico a la micro galaxia del hombre enfermo.

El mini-universo galáxico de Stephen Hawking también gira, fulgura, relumbra, se ennegrece y se habrá de apagar, Dios sabe cuándo.

 ***Juan Carlos Capo***